



## Capítulo 586: El nuevo territorio

El aire olía a azufre y hierro.

Un fuerte viento soplaba entre los árboles muertos, llevando consigo el murmullo lejano de las almas antiguas. Vergil caminaba hacia adelante, sus botas se hundían en el suelo arenoso y ennegrecido —el sonido rítmico de sus pasos resonaba como el latido de un corazón infernal.

Detrás de él caminaban los tres —Valerie, Gwen y Kaori— en silencio, cada uno en su propio mundo de arrepentimiento y tensión. La vergüenza era casi palpable en el aire. Todavía sentían el peso de la reprimenda que les había dado horas antes, justo después de haberlos liberado de la prisión subterránea. Ninguno de ellos se atrevió siquiera a respirar fuerte.



Virgilio, por el contrario, parecía tranquilo.

Demasiado tranquilo.

Mientras caminaba, su mirada vagaba por la inmensidad del territorio que tenía ante sí —un dominio recién reclamado, todavía en proceso de transformación. El paisaje infernal se extendía hasta donde alcanzaba la vista: una cruda fusión de bosque, roca y fuego. El olor de la magia antigua y la corrupción flotaba en el aire como una niebla.

"Hmph..." murmuró, con las manos en los bolsillos de su abrigo negro. "Nuevo hogar, ¿eh?"

Su tono era tranquilo, pero sus ojos azules brillaban con algo más—anticipación. Dominio. Una especie de placer tranquilo al ver el caos moldeado a su voluntad.



Se detuvo en una subida y observó la escena.

El frente del bosque ya había sido talado—árboles retorcidos arrancados de raíz, la madera negra apilada en montículos que ardían con llamas azules. Las franjas de tierra estaban siendo delimitadas por líneas energéticas, erigiendo barreras etéreas.

Más adelante trabajaron Selene y Zuri.

La primera, erecta y elegante como siempre, llevaba un largo vestido negro que parecía absorber la luz que la rodeaba. Su cabello plateado fluía incluso sin viento, y en sus manos flotaban docenas de pequeños símbolos rúnicos, encajando en el aire como piezas de un rompecabezas celestial.



Zuri, por otro lado, mostró su forma híbrida —mitad humana, mitad serpiente. Las escamas doradas se mezclaban con su piel oscura y sus ojos cortados se estrechaban al sentir su presencia.

Selene fue la primera en darse cuenta. Ella se giró, su mirada fría y respetuosa.

"Vergil." Su voz resonó, dulce y sombría al mismo tiempo. "Parece que ha vuelto."

Virgilio descendió lentamente la pendiente, seguido por los tres generales.

"Sí." Miró a su alrededor con aprecio. "Parece que no perdiste el tiempo."

El suelo temblaba ligeramente bajo sus pasos.



Zuri se deslizó hacia él con un movimiento fluido, con su cuerpo serpenteante ondulando por el suelo.

"Hmph. Cuando eres competente, no hay razón para demorarte", respondió ella, con la lengua bifida silbando entre palabras.

Selene, sin apartar la mirada, simplemente extendió la mano y sacó de su vestido un rollo de papel viejo marcado con símbolos infernales. Con un gesto rápido, el aire se agitó y el pergamo flotó hacia Virgilio, deteniéndose ante sus ojos.

Tomó el mapa y lo desenrolló lentamente.

Las líneas negras y carmesí bailaban sobre la superficie del papel, pulsando como venas vivas. Era un mapa completo del territorio y el nivel de detalle le impresionó.

Había cuatro áreas principales delineadas con precisión:

1. El Bosque del Apocalipsis, una masa viviente de árboles demoníacos que respiraban y se movían por la noche.
2. El Desierto Carmesí, vasto y salpicado de huesos gigantescos y tormentas de arena que gritaban nombres olvidados más allá de ríos de lava en llamas.
3. Las Montañas, donde se podían ver rastros de mineral mágico y criaturas dormidas bajo el hielo infernal.



4. El Cañón, una grieta colosal en el suelo, de la que emanaba el sonido distante de algo pulsante—algo vivo.

En la esquina inferior todavía había una discreta mancha marcada con pintura plateada. Una entrada —pequeña pero profunda— que conducía a las entrañas del infierno.

Vergil levantó una ceja y una ligera sonrisa apareció en su rostro.

"Impresionante." Miró a Selene. "¿Mapeaste todo esto en... unos días?"

Selene hizo una ligera reverencia. "Un día y cuarenta y nueve horas, para ser exactos."

Zuri cruzó los brazos, resoplando suavemente. "Fue fácil después de destruir la Matriz de Confusión que cubría el sector. Sin ella, los límites del territorio se revelaban como linajes bajo la tierra."

"Hmph..." Vergil cerró el mapa y se lo metió en el abrigo. "Rápido y preciso. Así me gusta."

Valerie, detrás de él, miró a Gwen y susurró:

"Apuesto a que terminarán recibiendo un aumento."

Gwen respondió con un murmullo irónico:

"Después de lo que hicimos, es más probable que corte el nuestro."



Kaori simplemente permaneció en silencio, pero sus ojos dorados nunca dejaron de escanear el lugar —el olor, la textura del suelo, la densa energía en el aire.

Virgilio caminó unos pasos más, escaneando el horizonte.

Podía sentir el poder acumulándose bajo sus pies.

"¿Qué pasa con las bóvedas?" preguntó, sin mirar atrás. "¿Encontraste algo?"

Selene asintió y miró hacia arriba. "Sí. Encontramos una bóveda de Lucifer escondida en las Montañas Negras. El sello todavía está activo, por eso no lo tocamos."

Hizo un gesto con los dedos y apareció un símbolo plateado en el aire, indicando la ubicación exacta en el mapa mental de Virgilio.

"Recomendamos precaución. La energía allí... es diferente."

Virgilio sonrió satisfecho. "Excelente. Echaré un vistazo yo mismo."

Zuri inclinó la cabeza y lo observó con curiosidad. "¿Aún estás pensando en nombrar el territorio, maestro?"

Se rió suavemente. "Sí. Todavía estoy pensando en el nombre." Hizo una pausa por un momento, mirando hacia el cielo carmesí, donde los relámpagos cubrían el horizonte. "Tiene que ser algo digno. Algo que hace temblar el infierno cuando se pronuncia."

Selene dio una leve sonrisa. "Entonces tomará un tiempo."



"Probablemente", respondió Virgilio medio riendo. "No soy muy bueno con los nombres."

Bajó la mirada, pero la sonrisa permaneció. "Bueno, no todo el mundo es perfecto."

Mientras tanto, Valerie, Gwen y Kaori se quedaron atrás, tratando de parecer útiles —o al menos invisibles. Pero Virgilio, como siempre, se dio cuenta de todo.

"Ustedes tres," dijo sin girar la cabeza. "Aún tienes mucho que demostrar."

Los tres se enderezaron instantáneamente.

"¡Sí, señor!" Respondieron al unísono.

"Por ahora, hagan guardia en la frontera oriental." Su voz era tranquila, pero cargada de autoridad. "Quiero patrullas cada tres horas. Y si alguien —cualquiera— cruza la frontera sin permiso, tendrás que ocuparte de ellos. Permanentemente."

"Entendido," Gwen respondió con un firme gesto de asentimiento.

Los tres se alejaron y el sonido de sus pasos se desvaneció en el susurro del bosque en llamas.

Vergil dirigió su mirada hacia Selene y Zuri, y su expresión volvió a su tono frío y calculado habitual.



"Continuar estabilizando las fronteras. Quiero que el territorio esté sellado antes del anochecer."

Selene levantó la barbilla y sus ojos plateados parpadearon con leve irritación. Su tono era suave, pero lleno de veneno contenido.

"Sabes que no soy tu sirviente, ¿verdad? Así que deja de darme órdenes, Virgilio."

Zuri la miró, sorprendido por su audacia. El viento pareció recuperar el aliento.

Vergil, sin embargo, no respondió de inmediato. Él simplemente la observaba en silencio, con esa mirada tranquila que siempre precedía a algo peligroso. Después de un momento, una pequeña sonrisa curvó sus labios.

"Hm. Es cierto", dijo con la voz baja, casi pensativa. "No eres realmente mi criada."

Él dio un paso hacia ella. El aire que los rodeaba se desplazaba—pesado, denso, cargado de una energía que hacía vibrar el suelo.

"Pero para alguien que miente constantemente sobre quién es, te quejas demasiado... ¿no crees, mentiroso?"

Selene parpadeó sorprendida. Un momento de vacilación cruzó su mirada antes de que regresara la frialdad.

"¿Qué... dijiste?"



Virgilio mantuvo su sonrisa, aunque sus ojos ahora estaban llenos de una claridad aguda, casi cruel.

"Un demonio con energía divina." Hablaba lentamente, como si saboreara cada palabra. "¿De verdad crees que no me daría cuenta?"

Selene se quedó quieta.

"Desde el momento en que te conocí por última vez, sentí algo familiar en ti", continuó Vergil, dando otro paso. "La luz y la oscuridad coexisten, pero nunca se anulan... ¿Pero lo divino? Lo he visto antes."

Su voz bajó más, casi un susurro.

"Cuando conocí a Afrodita."

Selene miró hacia otro lado y tenía la mandíbula apretada.

Vergil sonrió, satisfecho con la reacción.

"Es la misma firma. La misma vibración. Claro, diferente en naturaleza — Afrodita brilla, consumes la luz— pero aún así, divino. La esencia no miente. Deben ser del mismo panteón, ya que Wukong es bastante diferente... ¿olímpico? Probablemente."

Por un momento, el silencio fue absoluto. Sólo el sonido lejano de las runas ardientes y el susurro del bosque viviente que las rodea.



"Así que eso es todo, Selene", concluyó Vergil, con los ojos entrecerrados.  
"Puedes engañar a los demonios, a los humanos, quizá incluso a los ángeles...  
pero a mí no."

Inclinó ligeramente la cabeza y su voz ahora era firme y provocativa.

"Simplemente aún no he descubierto quién eres. Tu verdadero nombre... el nombre de la diosa que intentas ocultar."

Selene se mantuvo firme, pero su aliento delató un ligero temblor. Sus ojos se entrecerraron, reflejando un brillo intenso y antiguo —algo que por un momento pareció trascender el tiempo.

"He dejado esta vida atrás", dijo, con un tono frío, pero casi trémulo. "No quiero que me mantengas atado a mi yo pasado, que ya no existe."



Virgilio avanzó lentamente, el sonido de sus pasos amortiguado por el murmullo de las runas que aún ardían bajo la tierra. Selene permaneció quieta, pero sus dedos se apretaron sutilmente, como si intentara contener el impulso de reaccionar.

Cuando él se detuvo ante ella, la distancia entre ellos era casi inexistente — suficiente para que ella sintiera el frío calor de su energía, el eco de algo ni humano ni demoníaco, sino algo más allá.

Los ojos de Vergil la miraban con precisión quirúrgica, como si quisiera perforarla y ver qué había detrás de la máscara.

Su voz, cuando llegó, era baja y grave, un murmullo que parecía llevar el peso de una revelación inevitable:



"Puedes ocultar lo que quieras... puedes fingir ser lo que quieras.

Pero la verdad siempre encuentra la manera de desangrarse, Selene."

El aire se hizo más espeso. La energía entre ellos parecía vibrar, resonando en el suelo, en los árboles muertos, incluso en las runas que pulsaban como corazones.

Virgilio inclinó su rostro, su mirada fija en la de ella, y añadió—su tono firme, casi respetuoso, pero lleno de una certeza que la hizo temblar mientras él se inclinaba cerca de su oído y murmuraba:

"Al final, no importa cuánto tiempo haya pasado... Serás mía, cuando te abras un poco... Artemisa."

Instintivamente Selene se estremeció y Vergil sonrió. "Oh... parece que lo hice bien."

